

La pertenencia, ¡sin fanatismo!

Siempre hemos promovido como un valor esencial en las instituciones el sentido de pertenencia; incluso, ese es un indicador importante a la hora de evaluar sus fortalezas. Indudablemente, son mejores y tienen mayor probabilidad de éxito las organizaciones que cuentan con personas que, no sólo conocen y comparten los objetivos y valores corporativos, sino que también los asumen en la cotidianidad de su vida, es decir "los que se ponen la camiseta", si usamos términos coloquiales. Solo así se forma 'un nosotros' que es mucho más que la suma de individuos con sus aportes particulares, y se crea un verdadero espíritu de comunidad. Lograrlo constituye un patrimonio inconmensurable; por supuesto, no es fácil y requiere tiempo y cuidado.

Pensemos en la Universidad, por ejemplo, dónde el aspecto corporativo tiene especial relevancia y, por lo tanto, procuramos que profesores y empleados administrativos, estudiantes y egresados, todos se reconozcan como miembros de una Comunidad Educativa, con una identidad propia que va más allá de un escudo y una bandera que reconocemos, un himno que entonamos, un carné que portamos y un juramento que honramos. Sí, una identidad que va más allá porque se expresa como impronta en la vida personal. Por supuesto, otro ámbito de pertenencia fundamental se encuentra en la nacionalidad que nos hace ciudadanos de un país, sujetos de derechos y deberes que nos vinculan con esos millones de seres que podemos llamar con orgullo compatriotas y

conciudadanos. La suerte de una nación está asociada en gran medida al amor a la patria que profesan sus hijos, que se hacen dolientes porque, no sólo gozan con sus triunfos y sufren con sus derrotas, sino que también son artífices de su destino.

Nadie puede negar el valor del sentido de pertenencia que engrandece al individuo y que responde a una de sus necesidades existenciales: hacer parte de algo más grande que él mismo, que le posibilita trascender y ser más, para lo cual el propio núcleo familiar sirve de primer embrión.

Ahora bien, existe otra perspectiva referida a la pertenencia con un matiz particular. En este caso debemos hablar de seguidores, admiradores, hinchas y fanáticos -en el buen sentido del término-, grupos de personas que comparten de tal forma su afición, por ejemplo, hacia un personaje histórico, un grupo musical, un cantante o una actriz, un equipo de fútbol, que hacen lo imposible por asistir a los correspondientes eventos o presentaciones, decoran sus habitaciones con sus fotos y material publicitario, e incluso se visten con prendas y colores que los identifican claramente. Y todavía más, porque puede ocurrir que se formen clubes con afiliaciones formales y la consiguiente carnetización. En este contexto aparece entonces lo que se denomina la hinchada o la fanaticada, términos que hacen referencia al grupo de fervorosos seguidores. Es imponente y hasta conmovedor el espectáculo de colores y sonidos que ofrecen las tribunas en coliseos y estadios.

Todo eso está también, siempre y cuando no se traduzca en menosprecio hacia aquellos que no comparten nuestra propia afición, nuestras creencias, nuestros héroes, nuestra nacionalidad. Este sentimiento de intolerancia y exclusión, que ha tenido tantas manifestaciones a lo largo de la historia de la humanidad, surge de manera especial cuando se trata de eventos de confrontación, lo que sucede con frecuencia en deportes o en competiciones académicas que buscan un ganador o un campeón, y por lo tanto, crean la categoría de rivales. Aparecen entonces las barras, que a veces se convierten en 'barras bravas' que apelan a la violencia y a la agresividad, primero de palabra, luego física, una y otra inaceptables. ¡Eso es fanatismo!

Lo sucedido recientemente en el país es lamentable y preocupante: el asesinato de muchachos que vestían la camiseta del equipo de sus afectos, y el de un papá que no dudó en lanzarse a defender a su hijo de la agresión física de un grupo rival. Por supuesto, que el problema no se reduce a una pasión desbordada. En el fondo de estos actos violentos se esconden graves problemas sociales. Jóvenes que han crecido en familias con dificultades, jóvenes que carecen de perspectivas y aprecio por la vida, que luchan por sobrevivir en una sociedad que les niega oportunidades de progreso, encuentran en la afición descontrolada una forma de deshacerse de toda esa rabia y resentimiento que con el paso de los años se ha ido arraigando en lo profundo de su ser. Todos tenemos algo que hacer frente a este fenómeno que al cobrar un puñado de vidas, sembró dolor irreparable en unas cuantas familias colombianas y sacudió nuevamente nuestras conciencias 